

CAPITVLO TERCERO.

*Profigue Aparicio caminando.*

**C**OMO en el Puerto de Sanlucar ay pocas labranças, que era el empleo en que se avia criado Aparicio, no se hallaba alli, y assi determinò entrar la tierra à dentro hàzia la Estremadura, llegò à la Ciudad de Zafra, y ofreciòsele alli servir à D. Pedro de Figueroa, primo del Duque de Feria, el qual le dedicò à llevar, y traer paños à vn Batan que tenia. A esto acudia Aparicio con el cuydado, y atencion, que acostumbra, y assi daba mucho gusto à su amo, y à toda la familia. En muestra del agradecimieto conque le veian, llegando vna vez de su exercicio cansado, le diò la hija del dicho Cavallero con cariño vn regalillo de horno; mas él, ó ya fuesse escarmen- tado de los falsos alagos de las otras damas, ò porque no estaba acostumbrado à regalos, si no solo à la aspereza de vn poco de pan bazo duro, ò cosa semejante, como verdadero Il- raëlita à lo de Dios, que le causaba nausea, y despreciaba la delicadeza del presente: con simple pecho se lo diò à vno de sus jumentos en presencia de la señora, la qual como viesse

Anima no:  
fra ian nau-  
ceat super ci-  
bo isto leuissi-  
mo. Num.  
cap. 12.

la accion, enfadada de que no huviesse esti- mado su ofrenda, dixo: Bien dizen, que no es la miel para la boca del asno, pues sin estima- cion dais à vno la ojarasca, que yo con cariño os di. A lo qual respondiò Aparicio, que no sabia, que cosa eran ojarascas, por no averlas comido en su tierra.

Este enfadillo, y otros que le sucedieron, le obligaron à despedirse de la casa, y el Cava- llero le pagò muy bien su trabajo personal, conque tuvo para mantenerse algun tiempo, para mejorar de vestido, y socorrer algunas necesidades. La mayor fue curarse de vna aguda fiebre, que le sobrevino entrando en la Ciudad de Guadalcanal, en que gastò lo que avia ganado en diez meses que avia servido en Zafra, conque bolviò à quedar muy pobre, aunque no desconsolado, porque siempre to- lerò sus penas con igualdad de animo, y ale- gria de corazon. Con estos trabajos fue si- guiendo Aparicio su jornada à pie, hasta que bolviò segunda vez al Puerto de Sanlucar: alli vn vezino se concertò con él por cierta canti- dad de reales, para que le cultivasse vna viña. Lo qual hazia él con toda diligencia, sin ne- garse à trabajo alguno por arduo que fuesse; mas viendo que el provecho era poco, le dexò, y hizo nuevo aliento con vn Labrador rico,

rico, que aventajandole el salario, le entregò la administracion de vna quantiosa hacienda de labor, donde era menester la cuydadosa persona de Aparicio para su buen gobierno. Y experimentò el dueño su vigilancia en las colmadas cosechas, que logrò siete años, que se la administró, que parece queria el Señor multiplicarle los frutos por el buen Mayordomo, que le servia.

Despues de este tiempo empezó à inquietarse con el desseo de passar à Indias, por la gran fama que entonces avia en toda España de las riquezas de oro, y plata, que en ellas gozaban los Conquistadores. Y no es de admirar, le traxesse este apetito de haveres temporales, que son polvo, y nada, porque en la ocasion sirvieron de anuelo, conque le conduxo el Señor à este Reyno, donde tenia determinado comunicarle los preciosos tesoros de su gracia, llenandole de sobrenaturales dones, y mercedes. Mas el amo de la hacienda, pareciendole, que el desseo de venirse, se lo causaba el poco jornal que le daba, le prometió aumentarlelo, como de hecho se lo acrecentò, dandole tierras, semillas, y aperos necesarios, para que por su cuenta, sembrasse dos fanegas de trigo, y se aprouechase de su fruto. Con lo qual se lo segò Aparicio, y en  
ello

ello le sucedió felizmente, porque cogió vna abundante cosecha, de cuyo precio embió la mayor cantidad à sus padres, y la otra parte dexò para si.

Antes de salir de este Puerto será bien referir vn caso bien notable, que aqui le sucedió, y de que no pudo salir à puerto de salvamento, sino con los especiales auxilios de la gracia que le assistian, y fue assi. Como Aparicio estuviesse sirviendo al dicho Labrador, sucedió que en Ayamonte vn Cavallero mancebo criado del Marqués, y señor de aquella Villa, se enamorò de vna hermosa, y noble donzella, q en el Pueblo avia, los quales despues de algunas visitas, encendidos ya en el amor, se dieron mano, y palabra de esposos. Mas como alli no hallaban remedio à su desseo, y proposito, dispusieron que vna noche acierta hora tendria el audaz mozo vn Barco, y Barquetos prevenido con bastimento necesario para sacarla de su casa, y llevarla à Lisboa donde libremente pudieran contraher matrimonio (comun traza conque el demonio quebranta muchas honradas clausuras, de recogidas, y honestas donzellas, que con fingidas promessas de que se casaràn las engaña, las rinde, las afrenta, y despues las dexa burladas, sin el matrimonio, y sin honra, y lo  
B peor

peores, que tantos exemplares, no causan el carmiento.) Pareciendole al mancebo, que en Ayamonte no podrian tener execucion sus designios, por ser el padre de la dama hombre rico, y él vn pobre hidalgo; llegó el dia diputado para la empreffa, y el atreuido joven, sacò à la inconsiderada donzella de casa de sus padres, la qual estava ya dispuesta para la jornada, con algunas joyas que pudo haver à las manos, en vn cofrecillo que ocultaba debaxo del brazo. Mas no fue tan oculta su temeridad, ò fuga, que no la entendiesen, vn hermano, y algunos deudos que hallandose en el empeño de tan grave deshonor, se entraron en otro Barco, y con prevencion de armas de fuego, fueron en su seguimiento. Aviendo navegado vn buen espacio, descubrieron el Barco de los fugitivos, que à toda prissa bogaban la buelta de Sanlucar: dieronle muchas voces prometiendole no hazerles agravio; mas ellos que se hallaban culpados, no creyeron las promessas, sino que à diligencias dictadas del temor que los guiaba, procuraron salvar las vidas. Y viendo esto los que los seguian, dispararon algunos valazos à los Barqueros, y como la distancia era grande, no les alcançaban. Por vltimo los perdieron de vista, y tambien las esperanças

ças de apressarlos: y los timidos enamorados huyendo del letal riesgo que les amenazaba, dieron la buelta à Sanlucar, acometiendo à tomar puerto. Pero viendo que sí le tomaban era mas evidente el peligro, por consejo del Arraes de el Barco dieron en vnas peñas, y arrecifes, que al entrar del estàn, por la parte de vn espeso bosque, que por su buena fortuna encontraron para que siendo sentidos de las guardas no los prendiesen. Saltaron todos en tierra, los Barqueros se fueron por vna parte, y el Cavallero con la donzella por otra, fueron caminando con artos sustos, y temores hasta llegar à la casa de la heredad en que vivia Aparicio (ordenandolo assi Dios nuestro Señor, para que la honra de la incauta donzella, y las vidas, y almas de ambos no corriesen detrimento de perdicion) tocaron à la puerta de Aparicio, y él sin rezelo la abrió. Preguntò quienes eran, y què querian en aquel solitario paraje tan à deshora de la noche? Respondió el mozo: Yo vengo huyendo de los parientes de esta señora que por traerla de Ayamonte para que sea mi esposa, me siguen para matarme, por lo qual me importa el ausentarme de aqui; y assi os pido por amor de Dios mireis por ella que de ello se servirá su Magestad Divina. Dixo

Aparicio : *Siendo assi como dexis, que vos vais, y ella se quede, yo mirarè por ella como por mi hermana propria. Que quando no aya otro interès que me pueda ser de importancia, mas que servir à Dios en ello, lo harè de muy buena gana, porque es el mayor, y el que yo mas estimo.* Quarenta dias tuvo à la donzella, y en todos ellos jamàs le hablò palabra descompuesta, antes viendole tan corto, y compuesto, folia la donzella, atribuyendolo à simplicidad, querer prouocarle con algunas acciones poco modestas, pareciendole medio eficaz para que con mas instancia le amparasse en aquel apretado lance, y la ocultasse de sus deudos, que avian llegado al Puerto vn dia despues que ella, y con exactos escrutinios la folicitaban. Mas Aparicio nunca le respondiò al proposito, ni durmiò junto a ella, con ser la casa estrecha, y angosta, mas teniendo el suelo por cama, se acostaba atrauelado en la puerta del aposento, y assi dormia à la parte de à fuera. Viendo, pues ella, que los medios disimulados de que vsaba, no valian para conseguir su pretension, se huvo de valer de otros mas claros, y agenos de todo rebozo (que tal como esta suele ser la resolucion de vna muger res-tada al mal) y assi, estando vn dia solos los dos, le dixo : Señor Aparicio, si tiene vna ca-  
 misa,

misa, demela por amor de Dios, que mi ropa se quedò en el mar, y no escapè otra cosa que vn cofrecillo de joyas, que aquel traydor me lleva. Respondiò Aparicio : Que si daria de muy buena gana. Y estandola sacando de vna caxa, ella à toda prissa se desnudò con tan poco recato, y con tanta deshonestidad, que se quedò en carnes, esperando à que Aparicio se la llegasse à vestir; mas èl justamente enfadado de su desemboltura, le tirò con la camisa, y dixole : *Golofilla sois? Tomad, poneosla allà noramala, y sed honesta, que esso no parece bien à Dios, ni al mundo.* De tal manera la avergonçò, y corriò con esta reprehension, que nunca mas se le descompuso en accion, ni en palabra. Despues yendo Aparicio desde la heredad al Lugar, ò Puerto de Sanlucar, oyò tratar de las exactas diligencias, que se hazian por justicia para descubrir la moza, prometi-  
 tiendo grandes dadiuas à quien diesse razon de ella, ò la entregasse : con esto bolviò à su casa, y dixole : *Què pensais hazer? Que el que os dexò aqui, no viene por vos, y estais en manifesto peligro si os hallan vuestros padres, ò parientes:* A lo qual dixo ella, que pues Aparicio queria passar à Indias, ella estaba con determinacion de hazer lo mismo, que la recibiesse por su esposa, y le serviria con toda volun-  
 tad.

rad. Esta respuesta fue con tantas lagrimas, follozos, y ternuras, que ablandaria vn corazon de diamante, mas no el de Aparicio, que con su acostumbra entereza, y severidad, le respondiò: que no trataba de casarle, mas que él la remediaria. Y assi se apartò de ella, y buscando à vno de sus deudos, le dixo: Que cesassen en su solitud, que él tenia la prenda que buscaban en su casa, donde avia estado todo aquel tiempo, que avia faltado, recogida, y honrada, que la perdonassen pues el intento avia sido honesto de casarle; que la entregaria con que le otorgassen dos cosas; la primera, que sin que sus padres fuesen sabidores, la avian de entrar en vn Convento; la segunda, que á él no le avian de dar vna sola blanca, que lo vno, y lo otro lo avia hecho por amor de Dios, y que no queria otra cosa. Otorgaronse las ambas, y entregando á la donzella, le dixo: *Andad, que agora con el favor de Dios ireis à mejores passos, que hasta aqui aveis traydo: Ruegos que os enmendeis.* Sirvieronle à Aparicio las antecedentes victorias de fortissimo escudo, para que venciessse en esta, saliendo de aquellas vencedor, y endo en esta triunfante, en emulacion sagrada de aquel generoso Cavallero que viò S. Juan, tan glorioso en sus victorias, y triunfo, que la her-

*Exiit vinctus, ut vinceret. Apoc. cap. 6.*

hermosura de las vnas, coronaba el resplandor de las otras, saltando vencedor para vencer, y por esso vencedor porque vencia. Aqui bien claro se muestra la especial asistencia de la Divina gracia, y poderosos auxilios, con que le favorecia, porque con fuerzas naturales, no se pueden obrar tales cosas, quedando victorioso contra el enemigo comun. Entonces no fueron bastantes ruegos, ni promessas de su amo, aunque ofrecia darle à partido la hazienda, con los salarios que fuesen de su comodidad, porque segun su tanteo despues que tenia á Aparicio en su servicio, y compania, hazia el Señor por él, lo que por Jacob con Laban (que assi premia Dios, no solo à los que le sirven, sino à los que de ellos se acompañan) multiplicandole los panes, y esquilmos, con mucha mas abundancia, que jamás avia logrado. Mas Aparicio, como le llamasse Dios con ocultas inspiraciones para este nuevo Reyno, tratò de rendir su voluntad à la Divina, y de obedecer à las soberanas voces que le traian para bien de muchos, y assi despreciò todas las ofertas que le hazian con la qual renovandosele los desseos de passar à nueva España, se aprestò para embarcarse.

Gen. cap. 20.